

JUAN DIEGO GÓMEZ GÓMEZ



MANUAL PARA **IRREV³RENTES**

Secretos para una vida única y próspera

PAIDÓS EMPRESA

Juan Diego Gómez Gómez

Manual para irreverentes

Secretos para una vida única
y próspera

PAIDÓS EMPRESA

1.

IRREVERENCIA Y GENIO

En tiempos de impostores e hipocresía, no existe verdad más grande que ser uno mismo, auténtico, valiente e indómito. Le guste a quien le guste y cueste lo que cueste, la vida misma, si ha de ser necesario.

Irreverencia

Irreverencia no es irrespeto. Irreverencia es decidir qué hago con mi vida, piensen lo que piensen los demás. La irreverencia necesita coraje y una gran voracidad por cumplir un objetivo: *trascender*, ser tú mismo, en épocas en las que dejar un legado valioso no es poca cosa. Ten mucho cuidado con algunos de los que te rodean, y allí incluyo a familiares y amigos, pues creen tener el derecho a manipularte, amparándose no sabemos en qué, para decirte lo que debes hacer y lo que no, lo que está bien y lo que está mal. Basta. No puedes caer en esa trampa por sentirte débil o inseguro, quizá, porque no cuentas hasta ahora con resultados exitosos que hablen por ti. Tu responsabilidad no es con el otro, sino contigo mismo. Tu compromiso no es con los demás, sino con tu futuro. Tu debate no es con un tercero, sino con el primero

de la fila, tu ser esencial, la mejor versión tuya. Nadie tiene licencia para manipularte y, mucho menos, deberás flaquear o sucumbir ante la arremetida de un grupúsculo, llámese como se llame. Todo lo contrario. Ahí se probará tu temple, el nivel de valor que posees y el coraje que abrigas para defender tu felicidad. Si ante ellos, seres queridos, vacilas y no te yergues, no merecerás nada. Ni siquiera el baúl de los recuerdos te servirá de albergue, por tu tibieza y enanismo ante la historia.

**Debes rebelarte, como se rebelan
los robles ante la tempestad que los
acecha, como se rebelan las velas ante
el mar que arrecia, como se rebelan
los heroicos ante el sufrimiento que
llega, como se rebelan los púrpuras
ante la crítica que no descansa.**

Solo hay una forma de evitar la crítica según Aristóteles: “no decir nada, no hacer nada, no ser nadie”. Jesucristo se rebeló, y lo hicieron Demóstenes ante su tartamudez, Mahatma Gandhi ante los ingleses, Winston Churchill ante los alemanes, Pablo Picasso y Charles Darwin ante sus padres, Gustav Klimt ante la sociedad vienesa, Nelson Mandela ante el *apartheid*, Margaret Thatcher ante los sindicatos, Richard Branson ante la dislexia, J. K. Rowling ante los editores, Steve Jobs ante IBM, Elon Musk ante los autos convencionales, Nick Vujicic ante su falta de brazos y piernas, y Mick Jagger ante el

paso del tiempo y la palabra viejo. Hoy estoy seguro de que los recuerdas a todos o a la mayoría de ellos. Decididos, únicos, valientes, indómitos, locos, genios, universales, seculares, púrpuras. Suficiente ilustración. Ahora es tu turno. ¿Ante qué y ante quién te rebelarás? ¿Qué defenderás con tu vida misma? ¿Cuál es tu causa? Estaré ansioso por oírte y ver los resultados.

La irreverencia tampoco es grosería o burla. La irreverencia requiere inteligencia, sensibilidad y un fino sentido del humor. El irreverente no es una persona ordinaria o vulgar. Equivocados están los que piensan que irreverencia es inventar chismes, mentir o minar la honra de las personas con calumnias. Eso no es irreverencia.

**La irreverencia es el sutil arte de
emanciparse con elegancia y lucidez.**

**La emancipación se produce ante
lo que asfixia tu individualidad,
ante lo que perjudique tus sueños,
ante lo que altere tu espacio.**

En el pasado, me he alejado paulatinamente de algunos escenarios, como ciertas redes sociales, por considerarlos vertederos de odios, recipientes de personas resentidas, con mínima o nula educación, que simplemente encuentran un lugar para desahogar su furia y frustraciones. Cuando se pierde la elegancia y cuando el genio aún no ve la luz, la grosería se impone y la diatriba se hace presente.

Mucho cuidado con la palabra modestia

¿Hasta qué punto la modestia es el resultado de temer al qué dirán? ¿Hasta qué punto la modestia sirve de camuflaje para aquellos que no han logrado nada? Cuando se destaca el logro de alguien, sin que ello signifique alardear, se activa un estímulo vital: el de aquel que carece de logros y ansía obtenerlos. Y no se trata de presumir o de vanidad. El alardeo irrita y difumina el mérito que existe. Sin embargo, el silencio no es mejor que él.

Observa cómo funciona la modestia en la práctica. Haces una presentación sencilla de ti mismo, tímida, y no indispondrás a nadie, no pasará nada. Si, por el contrario, haces una presentación enérgica, ambiciosa y ganadora, que muestra no solo lo que eres sino aquello en lo que estás dispuesto a convertirte, serás criticado, o, como mínimo, sujeto a sospecha por tu “soberbia y falta de humildad”. Lo llamativo es que, a ojos de un ganador, de un ser púrpura o extraordinario, no eres ni soberbio, ni falto de humildad, ni nada parecido; eres, al contrario, una persona que en voz alta le está diciendo al mundo quién es, qué quiere y en quién está dispuesto a convertirse, páguese el precio que haya de pagarse.

El prisma con el cual mira la mayoría solo la refleja. Es una mirada mezquina, pequeña, que esconde la cabeza como los avestruces. Pero es que así son esas mayorías, las que viven con miedo, sin atreverse, las que dudan de subir el tono de su voz para no ser criticadas.

Me despiertan profundas sospechas aquellos seres humanos a quienes nadie critica, que parecieran no entrar en el radar de los comentarios, ni en los análisis que de uno u otro tema se hace. Son seres incoloros, que no se ven, etéreos, sin sabor ni brillo alguno. ¿Y sabes qué? Sí que tienen cosas buenas esos seres; pero aún no conocen la luz, por miedo, lo que equivaldría a no tenerlas. Son esas personas que siempre están pensando en el qué dirán los demás, en postergar, merced a las reacciones que pudiesen suscitar ante el más mínimo respiro. Parecen muertos, pero no lo están; al menos, eso nos dicen.

Es probable que tú como yo hayamos tenido muy cerca a personas humildes y superadas que nos prestaron invaluable servicios. Queremos a esas personas y, al solo evocarlas, nuestro corazón se inflama. No obstante, si cualquiera de ellas me hubiese dicho que renunciaba a esos servicios para buscar cumbres más altas y cumplir con su propósito de vida, aún más cariño les tendría. Ese sentimiento estaría sustentado en la admiración por aquel que, naciendo en condiciones adversas, se supera y es capaz de elevar el listón de lo que se augura sea su vida. Ni qué decir de los que tienen éxito y son humildes.

**Qué grandeza tiene aquel que es
capaz de ser humilde en la cima de
la montaña y que, aun viendo todo lo
que ve, nadie le resulta pequeño.**

El más grande es el más humilde por una simple razón: pese a todo lo que ha conseguido, es capaz de albergar

espacio para aprender más, recibir más, lograr más; ese espacio lo brinda la humildad. Imposible que un vaso recibiera más agua si ya la rebosa. Humildad es reconocer que necesitamos ayuda, dar gracias a quienes nos han dado una mano en momentos difíciles y saber que nadie se hace solo; nadie se hace a sí mismo.

Actitud a prueba de fuego

Admiro a las personas que cuentan con una actitud granítica, indestructible y fuerte. Una vida espartana o muy austera me genera preguntas y sospechas. ¿Qué hay allí dentro? ¿Acaso tibieza de propósito? ¿Quizá miedos? ¿Estaremos hablando de complacencia o de una comodidad llevada al extremo? Tengo la libertad de visitar los antípodas de esas preguntas, los extremos. ¿Más bien se tratará de sabiduría, evolución y desapego? ¿Acaso estaremos siendo testigos de un maridaje de estoicismo y espíritu asceta? Si así fuere, no sabes cuánto lo respeto. Si, por el contrario, la frugalidad tuviera por génesis el miedo a pisar nuevas tierras, a probar un inédito fruto, a lograr lo aún no logrado, habré de reemplazar mi respeto por la condena.

**El miedo engulle sueños, devora
palabras, ahorra expresiones y hace
parecer muerto a quien aún respira.
Ufanarse de la pobreza no me parece
gran mérito. Allí surge el temor y se
oculta tras un velo el arrojo, que teme
salir, que tiembla al imaginar la luz,**

que estruja el ser y lo deja inmóvil. Si no fuera porque parpadean, algunos parecen más cadáveres que seres vivos.

Sorpresivamente, esas personas que se camuflan y rinden culto al mal llamado bajo perfil no despiertan aversión alguna y, de hecho, suelen gozar de una esparcida simpatía, pues no incomodan a nadie, sus palabras no desafían y sus posturas no retan. Ahí están, como el viento que no se ve o como el oxígeno que apenas se define. Van de aquí para allá y de allá para acá. Nacen, “crecen”, se reproducen y solo a veces mueren, pues ya habían muerto desde hace mucho. Curiosamente, y para la historia, ese mismo día en el que dejan de respirar se da por cierta su muerte. Yo me pregunto si más bien la fecha de su partida no data del día en el que renunciaron por mandato de terceros a lo que podían acceder, disfrutar y lograr. Esa vida frugal, en la que abunda la austeridad y la renuncia, me estremece. Me invade un frío glacial, siento que se congela el tiempo y me hace dudar de si, al vivir esa vida, estoy o no muerto.

Te contaré una corta historia, una historia para probar, una vez más, el valor de la actitud y la determinación, del empeño y de los bríos, de la sangre que corre por tus venas como suero que te da vida. Es la historia de una persona que trabajaba conmigo como *trader*, hace ya algunos años, y a quien le dije: “Jorge, revisa estos informes previos a la divulgación de una noticia importante que tendremos en cuenta mañana a las 3:30 a. m. para decidir si compramos o vendemos euros”. Él lee los informes, y me dice: “Juan, esto es lo que considero que

puede ocurrir y, por ello, pienso que es esto lo que deberíamos hacer”. Acto seguido, caigo en la cuenta de algo: Jorge no tiene la menor idea de cómo hablar inglés, y le digo: “Un momento, si no sabes hablar inglés, ¿cómo es posible que los hayas leído y, mucho más, que a partir de lo que leíste sepas lo que debemos hacer?”. Él me responde: “Mira, Juan, yo sé algunas palabras, pero tengo un diccionario en la mano, tengo intuición, ambición y, es más, si me toca recurrir a una oración para invocar una señal divina o tener aquí mismo una estampita de la Virgen de Guadalupe para sacar esto adelante, pues lo hago”. El negocio se hizo y produjo utilidades. Mientras eso pasa, hay personas que hablan inglés, leen, escriben, pero no se atreven a alzar la mano y decir lo que piensan, simplemente, porque les da pánico cometer errores. No se atreven a dar el primer paso, sino que siempre están pensando en que algo les falta, que tienen que hablar como William Shakespeare para expresar un punto de vista.

Y así es la vida. Muchos, sin estar listos para todo, nos atrevemos y damos el primer paso, mientras que otros, estando listos, piensan las cosas demasiado, se paralizan y siempre postergan lo que deberían hacer hoy mismo.

¿De qué lado estás? ¿En el de los que se atreven, asumen riesgos y van por lo que se merecen, aun no teniendo todo a su favor, o en el de los que esperan a que siempre las cartas les favorezcan para hacer algo?

La irreverencia contigo mismo

Tu mayor irreverencia debe ser contigo mismo y, en particular, con esa voz limitante a la que llamo Matilde desde mi libro *Hábitos de ricos*. Esa voz mezquina, que no desea que brille tu mejor versión, sino que permanezcas en la oscuridad, en el miedo, en una limitada zona de confort, donde nadie se hace grande. Ante esa voz debes rebelarte y recordar que la mejor forma de vencerla es hacer que brille tu ser esencial, mostrar lo mejor de ti cada día. Muchas veces me he preguntado por qué los hinchas fanáticos del fútbol que siguen a sus equipos con pasión, con dedicación absoluta, son, por lo general, pobres. Tienen determinación, amor por lo que hacen, disciplina; muchas veces se endeudan para comprar una entrada para asistir a un partido de fútbol; siguen a su equipo por todas partes, haciendo múltiples sacrificios, renunciando a su familia y, en ocasiones, ausentándose de sus trabajos; son los primeros que llegan al estadio y los últimos en irse. Los podríamos resumir como unos apóstoles, devotos de una causa que abrazan y a la que se brindan hasta el último de sus días. Lo curioso es que esas mismas virtudes que poseen son las que se requieren para ser millonario. Pero no lo son, y lejos están de serlo. ¿Qué pasa con ellos entonces? ¿Por qué casi todos son pobres? Alguna reflexión tiene que brotar, y es esta: todas esas fortalezas las ponen al servicio de su equipo, pero no de su propia vida. No las utilizan para tener una existencia mejor, más próspera, tan solo las entregan a una institución que quieren y consideran como suya, que no les pertenece. Su vida sí. Vivir una vida que alegre a tus viejos, a tu familia, a tus amigos, a quienes te quieren, haciendo uso de tantas cosas

buenas, es un imperativo; y no solo para seguir a un equipo de fútbol, deporte que amo.

Los saboteadores de sueños

No existe un mejor suero que los sueños no cumplidos, así como lo lees: las montañas sin escalar, los libros por leer, los besos por dar, los viajes por hacer, los destinos por recorrer. La ilusión de cumplir lo que nos falta edulcora los años. En Cero Imposibles, nuestro curso de programación neurolingüística (PNL), solemos destacar tres demonios o pirañas que te rodean y obstaculizan el cumplimiento de tus sueños. El primero de ellos, tu voz interior limitante, que ya sabes que bauticé Matilde; el segundo, una buena parte de la sociedad, en especial, aquella dedicada a criticar y a pretender encontrarle el “pelo al huevo”, un problema a cada solución; y, por último, “el rebaño de vacas blancas que suele pastar o alimentarse en cada familia”, ese mismo que cuestiona tu propósito de vida sin que te proponga uno mejor o sin que tengan siquiera el suyo propio. Su tarea es criticar, bajarte el ánimo y hablar de escenarios apocalípticos que solo evocan los sueños que han sido incapaces de cumplir. En mayor o menor medida, cada una de esas tres víboras se deleitará con la sangre que emane de tus dudas, de tu procrastinación y de tus intentos fallidos de progreso, que fueron oportunidades de aprender para ti, mas solo fracasos para ellos. Las tres víboras poco te proponen para hacerte feliz. Ese no es su trabajo. El suyo es derramar en ti sus frustraciones y metas no cumplidas. Sería una gran amenaza para ellos que cumplieras tus sueños, que te emanciparas con éxito, que te rebelaras sin ponerte colorado, que te

diferenciarias sin pudor alguno, que te constituyeras en un ejemplo de ser púrpura. Cuanto peor te vaya, cuanto peores sean tus resultados, mayor complacencia hallarán. Tu éxito abrirá aún más la herida que exhiben desde el mismo momento en el que claudicaron, en una flagrante muestra de tibieza de propósito y escasa testosterona. Y se quedaron así: cómodos, personificando al perdedor; mezquinos, ávidos por encontrar el defecto y arruinar el sueño de cualquiera que lo tuviese; aves de rapiña capaces de engullir lo que quede del muerto. Escoge si deseas ese rol, el del muerto, pues ya sé con total certeza que, al estar leyendo este libro, no serás ni el ave de rapiña, ni la víbora, ni Matilde, ni la mezquina sociedad, ni la sinuosa familia de la que hablo. No tengo duda, eres grande como para caer allí, en esa trampa mortal de la que nadie sale ileso. Mucho me temo que tampoco querrás ser el muerto al que derribe una gripe o mate una simple banderilla con la que malogran a los toros mansos; vacas auténticas, blancas, por cierto. Que lo tuyo sea diferente, que en ti encuentren el roble que la tempestad no mueve, que en ti hallen la roca que ni el agua moldea, que en ti se personifique el mejor ejemplo de la determinación, de la perseverancia, de luchar por unos ideales. Ninguna de esas tres víboras citadas se podrá arrojar de grandeza alguna, que siempre les será ajena, que no les pertenece, ni por capacidad ni por logros.

A quienes admiramos los *irreverentes*

Ya no admiro más a quienes son incapaces de cambiarse a sí mismos y pretenden cambiar a los otros. Ya no admiro a aquellos que se regodean cuando dicen “yo soy” sin

que ese “soy” signifique algo bueno, una virtud o aspecto a emular. Ya no admiro más a quienes se ufanan del cargo que ocupan o del patrimonio que poseen, ya que tanto el uno como el otro son prestados, transitorios y no trascienden por sí mismos. El cargo se acaba, y la importancia llega al piso. El patrimonio se evapora, y la imagen se arrastra por el suelo.

La grandeza y la reverencia la merecen solo aquellos que se han transformado para hacer el bien y trascender, que han abrazado el progreso y han ido acumulando logros que hablan por ellos, sin perder un solo gramo de humildad. Esos seres humanos sí que merecen mi admiración y respeto. ¿Y los otros? ¿Los que se ufanan del alto cargo que tienen y el dinero que acumulan? No los merecen.

Admiro a aquellos capaces de vencerse. Admiro a aquellos que se conocen y que logran conquistarse, desafiarse, para testear nuevas posibilidades y ser pioneros en tierras no alcanzadas. Admiro a aquellos capaces de sortear cualquier vicisitud con la energía de un niño, con la fe de un minero y con la sabiduría de un maestro zen. Admiro a aquellos que no se creen las dificultades que están viviendo o que han vivido, puesto que saben que son ellas las que se han encargado de

definir su carácter y aquilatarlos, como se aquilata el oro una vez se pone al fuego. Admiro a aquellos capaces de pasar de uno a cinco, mucho más que los que pasaron de siete a nueve. Admiro a aquellos que entienden que no existe la palabra fracaso, puesto que fue reemplazada por las palabras aprendizaje, experiencia y sabiduría. Admiro a aquellos que se duermen tarde y se levantan temprano, no a quienes se ufanan de estar despiertos antes de que salga el sol, cuando la noche previa fue testigo de un descanso prematuro. Admiro a aquellos que, conscientes de sus defectos y miedos, pasan de largo ante ellos y solo se detienen en lo que hacen bien, en lo que les apasiona y definirá sus destinos.

**Hay muchos con grandes capitales
que aparecen en la lista de prestigiosas
revistas que dan cuenta del tamaño
de su riqueza. Sin embargo, no
inspiran a nadie, pocos los conocen
y aún menos desean emularlos.**

Dirigen empresas y grupos financieros importantes, se desplazan en sus propios aviones, veranean en paradisíacas islas, propias, por cierto, con inmensos y fastuosos yates. Y te imaginarás que hay mucho más que contar, que la historia no termina ahí. Son, sin embargo, esas mismas personas las que se precian de llevar un bajo perfil, de no figurar, de abrazar el anonimato y de ser poco conocidos, mientras engordan sus bolsillos sin que nadie sepa cómo lo hacen. Esas personas no son ejemplos de vida para mí, porque olvidaron a los millones

de seres que están ávidos de conocimientos, experiencias y posibilidades que la vida no les dio. Lo suyo es la sombra, evadir las cámaras, permanecer en la penumbra, no figurar, por miedo, por timidez o por un simple enanismo intelectual al que pareciera condenar su mínimo afán de trascendencia.

A muchos de los hombres más ricos de cada país la inmensa mayoría de la población los desconoce. De quienes los conocen, pocos los admiran, pero muchos los odian, y no solo por estar poblado este planeta de envidiosos, sino por su propia culpa. Han olvidado que una cosa es acumular dinero y tener muchas empresas, y otra, bien distinta, trascender, inspirar, servir de referente para las nuevas generaciones.

¿Cuáles son las creencias que te vendes?

¿Qué clase de historias te cuentas sobre tu vida? Cuando me dije que escribir cinco libros era suficiente, y que ya no escribiría más, era muy diferente de como soy ahora. Esa historia de “ya no más o hasta aquí llegué como escritor” me la conté cuando iba por mi quinto libro. El que estás leyendo es el número 10 y le pido vida a Dios para que sean muchos más. Si llevo esa historia a muchas otras facetas y distintos momentos, y te invito a que también lo hagas, no resultaría

extraño encontrar decisiones similares e, incluso, peores, que no comprendería y llamaría irrazonables. Cosas como “Yo ya no estoy para eso”, “Soy demasiado viejo”, “No he ido a la universidad”, “No tengo mayores habilidades”, “Soy negado para los idiomas”, “Emprendí y me fue mal”, y muchas otras, tienes que repensarlas bien. Primero, porque quizá sean falsas; han sido solo creencias, pero no verdades absolutas. Segundo, porque recuerda lo que venimos diciendo desde *El día que Dios entró al banco*: cuando hables de un defecto o miedo que te sabotee, no lo hagas en tiempo presente, sino en tiempo pasado. Nunca afirmes, por citar un caso, “Yo soy un procrastinador profesional, siempre postergo las cosas que debo hacer”, sino que di más bien: “Solía aplazar mis objetivos y sueños, pero ya no”. Así estarás comprometido con la solución a tu problema; con esa sentencia, ya habrás empezado a corregirlo. A propósito de creencias, solemos dar por ciertas algunas frases que quizá no lo sean. En sesiones con socios vip de Invertir Mejor pregunto siempre por temas en los que necesito obtener respuesta de la persona con miras a precisar qué tipo de mentalidad y actitud tiene. Por ejemplo, les pregunto por la suerte, la opinión que tienen de Fidel Castro, el sueldo, las tarjetas de crédito y también por el hecho de que en la mayoría de los países no contraten con facilidad a una persona después de los 35 años. Ante esos temas he obtenido respuestas como estas: “La suerte es lo que les sobra a los ricos”, “Fidel Castro fue una persona preocupada por la justicia social”, “El sueldo es mejor tenerlo que no tenerlo”, “Las tarjetas de crédito son lo peor”, “Es una injusticia que no contraten después de los 35 años a las personas que se han preparado”. No creas que los comentarios son aislados o

los hizo solo una persona. Nada que ver. Están muy arraigados en algunos estratos sociales, sin haber pagado el peaje o impuesto necesario para hablar con convicción; son verdades no procesadas que terminan convirtiéndose en mentiras. Siempre, ante casos como esos, les digo a los socios: “No pretendo cambiar a la fuerza tu punto de vista, simplemente te voy a dar mi opinión sobre cada uno de esos tópicos, de tal suerte que, si lo deseas, puedas pensar diferente a partir de hoy. Mira esto. Cuanto más trabajo, más suerte tengo. Fidel Castro, según la revista *Forbes*, amasó una fortuna superior a los US\$ 900 millones en 2012 y, personalmente, lo vi usar de manera extravagante y provocadora dos relojes Rolex en una sola mano, y todo esto mientras en Cuba había médicos que ganaban US\$ 29 al mes. ¿Qué tan preocupado por la justicia social estaba entonces? Frente a las tarjetas de crédito, te recuerdo que estas no salen de compras solas, y no constituyen el problema en sí mismas, más bien, su mal uso, por parte de quienes carecen de educación financiera y las utilizan para pagar en 24 cuotas, constituyen el motivo de preocupación. El sueldo, por otro lado, es para mí un atentado contra el progreso financiero, puesto que vuelve conformes y dependientes a la mayoría de los empleados que jamás llegan a ser ricos. Y, con respecto a que ya no contraten después de los 35 años, me parece fantástico. Así como lo lees, fantástico. Si no te contratan, será la oportunidad para que emprendas, encuentres tu norte y sepas de qué estás hecho.

Como ves, más allá de que mis respuestas sean las mejores o no, son respetables, y constituyen un punto de vista diferente que puede nutrir otros puntos de vista opuestos. En

particular, he notado que aquellas personas conformistas y resignadas celebran que se les abra los ojos. Son esos seres que, sin darse cuenta, llevan vidas simples y poco desafiantes; seres que parecen anestesiados por las circunstancias y que se acostumbraron a creerse lo que se dicen a sí mismos. Esos que pronuncian “menos mal”, con inquietante frecuencia. “Menos mal” es una expresión muy peligrosa: “Menos mal tiene trabajo”, “Menos mal respira”, “Menos mal no te mataron (luego de sufrir un robo en la calle)”, “Menos mal tiene una compañía a su lado”, “Menos mal tiene para pagar la luz y el agua”. Por favor, es que debes trabajar en aquello que te apasione, que te guste, que tenga que ver con tu propósito de vida, no en cualquier cosa, solo con el pretexto de estar ocupado. “Lleva treinta años limpiando los baños de un edificio”, “Lleva diez años preparando papas fritas en un restaurante de comida rápida con treinta y cinco grados de temperatura”, “Lleva barriendo y trapeando quince años los pisos de un colegio”, y todavía hay personas que dicen “Menos mal tiene trabajo, porque hay gente que está en la casa”. Por Dios, qué mediocridad, qué conformismo, qué resignación. Alguien que les dé respiración boca a boca a quienes hablan de ese modo, un choque eléctrico, porque se están muriendo. Y, por favor, no deberían asaltarte y eso no puede considerarse normal; ni solo debes estar acompañado, sino que debes tener una pareja que te ayude a ser feliz, con la cual compartas tus sueños y de la que te sientas orgulloso; ni tampoco se trata de tener solo lo necesario para pagar los gastos mensuales, sino de vivir una vida de abundancia y a la altura de lo que te mereces. No vuelvas a decir “menos mal”, te lo ruego.